

Erik Satie, la música que siempre sonrío

Pablo Espinosa

Ahí va Charlot, decían a su paso por las calles de París.

Y él, sin escuchar esas voces entre el reconocimiento y la burla, simplemente sonreía.

Y seguía su paso.

Amaba caminar y sonreír.

Tenía una sonrisa luminosa.

Y un andar entre cómico y solemne. Como siguiendo un modelo aprendido, en un equilibrio salido de sus dos figuras paternas: extravagante era su tío, como convencional su padre.

Aunque al caminar lo confundían con Charles Chaplin.

Comenzaba el siglo xx.

Siempre que caminaba recordaba su infancia: el rumor de las olas en Normandía, la playa de Honfleur, donde nació en 1866,

y el cambio radical en su existencia: tenía doce años cuando encontraron ahogada a su abuela en esa playa.

Misterio. Ningún rastro de violencia, inclusive a él le pareció ver una sonrisa en el rostro de la abuela.

Su madre había muerto cuando tenía cuatro años y recién se instalaba la familia en París. El retorno a su Honfleur natal terminó esa mañana cuando encontraron a su abuela ahogada. Y regresaron a Ciudad Luz.

Una docena de años después entró a la historia luego de escribir sus *Gimnopedias*, tres piezas breves de insondable misterio, particular encanto y un ascetismo que desmadeja.

Lento y suave, lento y triste, lento y doloroso. Tres piezas, tres títulos.

¿Puede una música sencilla expresar a cabalidad la soledad?

He ahí la música de Erik Satie.

Vaya concepto: la soledad.

En la cultura occidental los conceptos suelen ser pobres en el imaginario popular y en los actos de las personas.

La simple palabra soledad produce miedo. Soledad entre multitudes.

Saint-John Perse: Esos rostros entre la multitud / hojas de una húmeda, oscura rama.

Cuando se habla de Erik Satie suele decirse que era un hombre extravagante, solitario, pobre. Que murió sin amigos, solo como un perro.

Cierto, fue pobre. Pero la suya era una soledad de soledades.

Quienes estuvieron con él, junto a la cama del hospital parisino donde falleció en 1925, es decir, sus amigos, derriban por tierra la leyenda: fue un guerrero todo el tiempo, hasta el último momento. No dejó de sonreír.

Lento y suave, lento y triste, lento y doloroso.

Las *Gimnopedias* enamoran. Propician romances verdaderos. Son lo contrario de la soledad. O, mejor: expresan la virtud de quien desarrolla la capacidad de estar consigo mismo. De amarse, y por ende amar a los demás.

Esa magia que tienen las *Gimnopedias* llevó a su amigo Claude Debussy (¿quién dice que Satie no tenía amigos?) a orquestar dos de ellas, a Jean Cocteau a recomendarlo entre los compositores que gobernaban la vida musical del París de principios del siglo xx (Stravinsky, quien respetaba y admiraba a Satie; Ravel, quien aprendió humildemente del maestro Erik; y los jóvenes Poulenc, Milhaud, *et al.*), y llevó a Picasso



Erik Satie en un dibujo de Jean Cocteau, 1916

a colaborar en montajes de música y escena, a Francis Picabia a hacer lo propio, al igual que a René Clair, Tristan Tzara...

Tantos amigos de un hombre solitario. ¿Cómo puede un hombre tan solo reír tanto?

Aquí lo tenemos, al final de una de sus alegres caminatas solitarias por las calles de París, en su humilde cuarto en los suburbios, que era al mismo tiempo recámara, sala, comedor. Y el cuarto entero: su estudio.

Escribe una música desnuda. Y la viste con enorme contenido. Y claro, no hay que creérsela tanto, no hay que ser vanidoso. Humildad, señores, riamos a placer:

Y entonces el maestro Erik Satie empieza con sus bromas, chascarrillos, ocurrencias, genialidades que quedaron plasmadas para siempre en sus partituras:

Las convencionales indicaciones en italiano: *allegro con spirito*, *andante con fuoco*, *allegro molto*, etcétera, Satie las convierte en auténticas delicias:

“Toque con la mano izquierda estas notas, con la derecha las siguientes, y las que restan... ¡con la nariz!”.

Más instrucciones:

“Abra la cabeza”.

“Sin orgullo”.

“Recorrer las teclas con dedos amables y sonrientes”.

“Conservar la cabeza fría”.

“Ármese de clarividencia”.

“Toque estas notas con el último rincón de su pensamiento”.

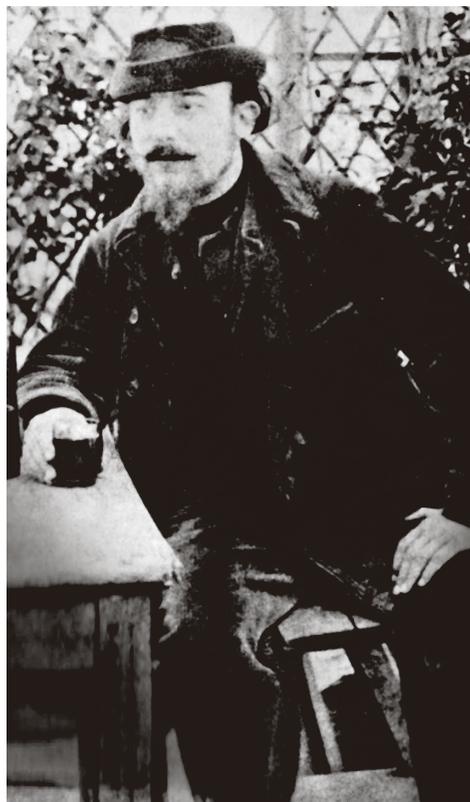
Surge una duda metafísica:

¿El humor en Satie era refugio o subterfugio?

Era un camino interior.

Como en la mayoría de los compositores, pueden distinguirse periodos estilísticos diversos en la historia creativa de Satie. Sus piezas humorísticas más evidentes datan del periodo comprendido entre 1912 y 1915.

Pero no era un humor limitado a las parodias de las indicaciones canónicas, o a los títulos, que oscilan de la algarabía al *nonsense*. No, es una de las músicas más deliciosas que uno puede escuchar cualquier cantidad de veces y aunque uno sabe lo que va a suceder enseguida, no puede contener la carcajada.



Erik Satie



Por ejemplo en las tres piezas tituladas *Embriones disecados*, forma un triángulo escaleno entre la tríada y en la primera y la última pieza se divierte a placer manipulando otro de los conceptos canónicos: la coda final, la apostilla, el remate, las notas finales que tanto furor causan entre el público que irrumpe en bravos, hurras, aplausos porque el final a tambor batiente los enardece.

Pero Satie, travieso, en lugar de poner una rúbrica y terminar la obra, escribe una terminación, hace una pausa y escribe una segunda, pausa, un nuevo compás que finaliza, pero no termina: va otro final falso y otro y otro. Carcajadas.

En los otros periodos estilísticos de Satie este humor no cesa, aunque deja paso a otras situaciones en primer plano. Es el caso de su periodo místico, que le ganó un nuevo mote: EsotErik Satie.

Un amigo de Satie, Joséphin Péladan, lo recibe en la Orden de los Rosacruces, lo que trae nuevas invenciones estilísticas a la obra de Satie, quien compone varias obras maestras, entre ellas la monumental música para piano solo titulada *Le fils des étoiles*, a partir de un texto de Péladan y en esa música, tan bella como austera, tan terrenal como cósmica, Erik Satie se confirma: es un Hijo de las Estrellas.

Erik excéntrico: funda su propia Iglesia, de la cual es el líder y el único miembro: La Iglesia Metropolitana de Jesús el Conductor. Abandonará pronto esta cuasiocurrencia, pero total entrega.

Su indagación interior, ese caminar por las calles de París, sonriendo, era en realidad una caminata de soliloquio, diálogo interior, Leopold Bloom convierte Dublín en Ciudad Luz, una ruta interna, un crecer espiritualmente.

De pronto nadie sabía si era broma o serio. Lo que es cierto es que su prodigiosa *Misa de los pobres* pide en la partitura al pianista en turno: “esta obra debe interpretarse con gran desprendimiento hacia el presente”.

¿Refugio, subterfugio?

Sonriamos.

Como sonreía Satie cada vez que realizaba un nuevo descubrimiento, una nueva invención, una ocurrente travesura.

Como cuando escribió su gloriosa *Musique d'ameublement* (*Música de amueblamiento*, o bien: *Música para amueblar*) con una aspiración seria: que la música suene sin que el escucha adopte alguna de las posturas, físicas o simbólicas, convencionales, es decir que el público deambule por la sala, sin sentarse en una butaca frente a los músicos. Que la música sea parte de la estancia, como los muebles, o el decorado.

Un invento portentoso que, con los años, la historia habría de darle la razón: Silvestre Revueltas en México escribió una “Música para charlar” con una intención similar. Luego se inventó la pavorosa música Muzak, para que sonara en los elevadores o en los aviones y en las tiendas departamentales, ésa sí con un propósito: dizque apaciguar al escucha y en su caso inclinarlo al consumo.

Años más tarde otro músico genial, también ligado como Satie a las artes escénicas y a la pintura, el británico Brian Eno, habría de inventar lo que hoy se conoce como “música ambiente”, condensada en su obra maestra: *Music for airports*. Con su consabida carga de ironía, a lo Satie, pero con un sentido estético y biológico brutal, como la música de Satie.

Gustaba de hacer repetir y repetir y repetir el mismo compás, alargar la melodía, con pocas, cada vez menos notas, un anuncio del minimalismo que vendrá, pero en su caso con un sentido armónico denso, tan complejo como brutalmente sencillo.

También de la era Esot Erik Satie se desprende otra de las claves de la obra completa de este músico: el uso del número 3.

Porque escribió *Tres gimnopedias*, dos veces 3 es decir *Seis gnosedias*, *Tres pedazos en forma de pera*, *Tres sarabandas*. Y así.

Muchos relacionan este hecho con la numerología. El número 3 es clave entre los rosacruces. Tiene una carga, un contenido, significado y acción poderosos.

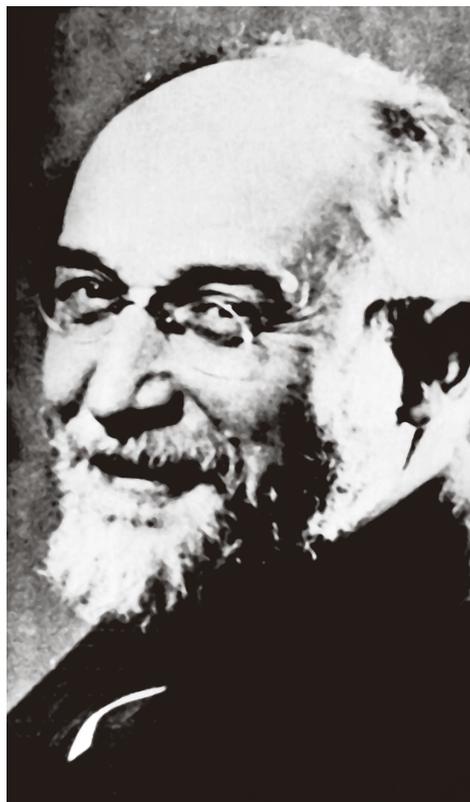
Pero hay una razón estrictamente musical en el uso del número tres y su complemento, el 6: en ese número se basa el poderoso sistema armónico de la música entera de Satie, un dispositivo tan complejo como sencillo, una suerte de explicación de la magia, sin el truco.

Porque no hay truco en las *Gimnopedias*. Su efecto sobre el escucha es descomunal.

Y todo es hecho y dicho de la manera más sencilla, ascética, humilde. En soledad.

Tan pegado a la tierra y tan elevado en su alma. Erik Satie se divirtió mucho poniendo títulos extraños, provocadores, hilarantes, a sus obras, tan breves como monumentales:

Piezas en forma de pera. Apreciaciones desagradables. Verdaderos preludios blandos (para un perro). Aires para salir corriendo.



Erik Satie

Danzas defectuosas. Piezas frías. Coral inapetente. Danzas raquíticas. Piezas montadas. Penúltimos pensamientos.

Uno escucha y ríe. Sonríe. Camina por las calles de París y sonrío. Mientras la música suena.

Es como escuchar la *Novena sinfonía* de Shostakovich y reír a carcajadas mientras los demás, en sus butacas, ponen cara mustia. O disfrutar las travesuras, las carcajadas sónicas de las obras para piano de Mozart. El niño Mozart.

El niño Satie: el título de su obra inicial e iniciática, *Gimnopedias*, refiere en su misteriosa etimología a la infancia por igual que a la antigüedad griega. Hay quienes encuentran significados profundos, mitológicos, intelectuales. Para nada, hay que simplemente escuchar y sonreír. Enamorarse con las *Gimnopedias* es para siempre.

Labor de orfebre, fabricar sonrisas. Satie escribe para el piano y lo que activa son los músculos faciales y los del alma. Hace sonreír al alma.

Humilde, irónico, humorista, le gustaba definirse así cuando le preguntaban de qué vivía, a qué se dedicaba, cuál era su profesión: “gimnopedista”, respondía. Y luego afinó: “soy un humilde filófono”.

Satie, el amante de los sonidos, el hijo de las estrellas.

Cada vez escribía menos notas y cada vez despertaba más sonrisas. El ascetismo de su escritura equivalía al barroco más manierista, al filósofo más hondo, al pensador más elevado.

El arte de la brevedad. La obra puede durar cuarenta segundos y en ellos ya construyó la eternidad. Así es la música de un solitario. Un transgresor.

En sus últimos años de vida, se dedicó a enseñar la música a los jóvenes. Y a los niños. Entre sus muchas ocupaciones excéntricas, publicaba artículos de humor raro en revistas, anuncios en periódicos donde ponía en venta edificios imaginarios, que dibujaba y guardaba en una lata de conservas en su cocina. De ahí surgieron las *Memorias de un amnésico* y *Los cuadernos de un mamífero*.

Escribió, por ejemplo, respecto de sus enseñanzas a los niños: “Los ejercicios se hacen en la mañana, después del desayuno. Hay que estar muy limpio, haberse sonado bien. No ponerse a trabajar con los dedos llenos de mermelada”.

Para Erik Satie los niños son seres de quienes los adultos se ríen.

Cuando caminaba por las calles de París y sonreía, de vez en vez le venía a la mente la imagen, a sus doce años, de su abuela ahogada, en la playa, y sonreía cuando veía la sonrisa de ella, bajo el cobijo tierno del graznar de las aves marinas.

Todos lo recuerdan en el espejo de una sonrisa. Pantalones anchos, siempre de traje oscuro, quevedos, bastón, sombrero de bombín y aunque tenía barba, siempre cortada como pino viendo al suelo, decían los circunstantes al verlo pasar:

Ahí va Charlot.

Una música suavemente mecida por el viento.

Dicen muchos musicólogos que Erik Satie no tenía amigos, dicen que era un solitario pero ignoran el valor de estar con uno mismo y sonreír.

Sus amigos al pie de su lecho de muerte aportan esta imagen para la historia:

Nunca, aun en los peores momentos de la enfermedad, nunca dejó de sonreír. Cuando expiró, dejó en su rostro un mensaje final: una sonrisa.

Escuchemos la música de Erik Satie.

Inundados de sonrisas. **U**